
UNA ESTRATEGIA DE LIBRO

CON MOTIVO de las operaciones en los Balcanes, tuve la oportunidad de escuchar en algunas tertulias y leer en la prensa diaria, numerosos comentarios, en los que se afirmaba que la OTAN, o bien carecía de estrategia o estaba equivocada al llevar a cabo las operaciones que realizaba contra las fuerzas serbias, en el citado teatro de operaciones.. Afirmaciones que se realizaban como consecuencia del empleo masivo de la aviación, en detrimento de la utilización de otras fuerzas, que los comentaristas consideraban más efectivas, para lograr la victoria de las fuerzas propias.

En principio, consideré que aquel estado de opinión se debía a un desconocimiento sobre el empleo adecuado de los medios aéreos y su relación con la utilización de las fuerzas terrestres o navales, por lo que no le dí mayor importancia, aunque sí me sorprendió que no hubiera ninguna reacción por parte del Ejército del Aire, bien a través de algún comunicado o de la publicación de algún artículo sobre el particular, ya que raras veces se presenta una oportunidad para defender públicamente la importancia que las fuerzas aéreas tienen en las operaciones conjuntas de las fuerzas armadas.

Todo ello podía haber quedado como una pequeña frustración personal, dada mi vocación profesional al servicio del Ejército del Aire y mi convencimiento de que el empleo adecuado de los medios aéreos son el factor determinante para conseguir imponer la voluntad propia con el menor coste de vidas por parte de nuestras fuerzas, que debe ser la principal preocupación de los mandos que las dirigen. Por supuesto que existe el problema de los daños que se producen en este tipo de ataques, pero el tema de este artículo

se centra en la utilización de las fuerzas aéreas para terminar una guerra al mínimo coste para nuestros propios combatientes, como anteriormente se ha dicho.

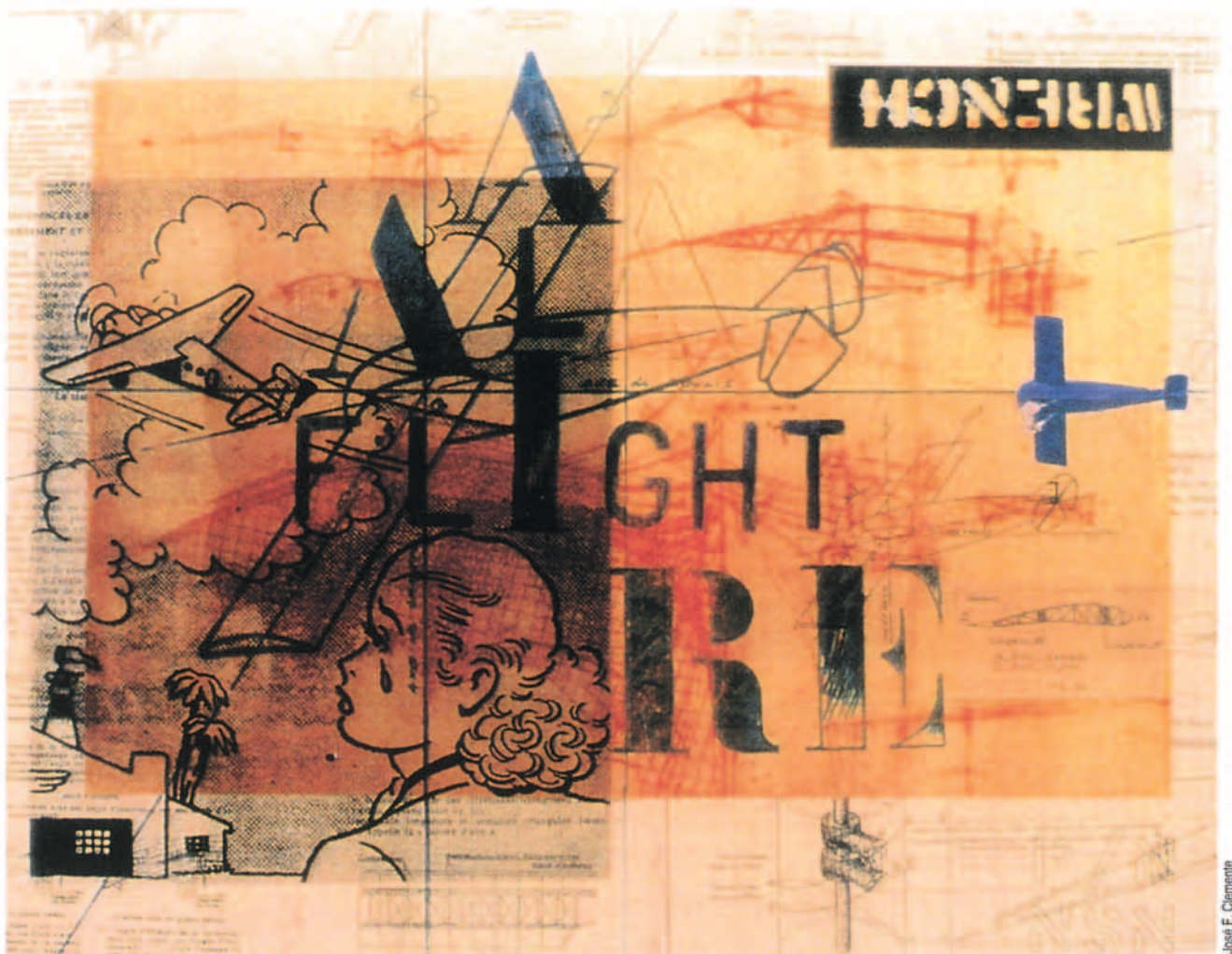
Pues bien, mis impresiones anteriores se tornaron en preocupación cuando en conversaciones mantenidas con algunas personas del ámbito profesional de las fuerzas armadas, observé, con sorpresa, que también mantenían el criterio de que había sido un error la utilización primordial de las fuerzas aéreas por parte de los mandos de la OTAN, ya que habían resultado poco eficaces como, añadían, ya se había demostrado en la Guerra del Golfo. Es más, la utilización de esta estrategia equivocada había terminado con la destitución del general Clark, en su momento jefe supremo de las fuerzas que llevaron a cabo las citadas operaciones.

Este estado de opinión se repetía cuando leí hace unas semanas una entrevista a un prestigioso militar español que, en un momento de la misma, abundaba en las opiniones que anteriormente he citado. Todo lo expuesto me lleva a reflexionar que o bien hay una información que no se ha publicado en los medios de comunicación, o bien las personas con las que he hablado y los medios, a través de los que me he informado, desconocen la doctrina clásica de utilización de las fuerzas aéreas y los beneficios que éstas proporcionan a la actuación de las fuerzas de superficie.

En efecto, si nos atenemos exclusivamente al análisis de la estrategia militar seguida por la OTAN en el conflicto de Kosovo, y tomando como fuente de información lo que los propios medios cuentan o los portavoces de las fuerzas en litigio nos han permitido conocer, se puede apreciar una forma de operar coherente con la doctrina de empleo de



Carlos Hidalgo Cisneros
General de Aviación



José F. Clemente

las fuerzas aéreas que se estudiaba en las Escuelas de Estado Mayor correspondientes. Por eso, cuando se opinaba que era más efectiva una intervención inicial de las fuerzas terrestres, pienso que se hacía dejándose llevar por los sentimientos, pero sin tener en cuenta un adecuado empleo de los medios de que dispone la Alianza.

Es posible que una acción directa de las citadas fuerzas hubiese podido terminar con la situación existente con mayor rapidez que aplicando la estrategia seguida, sobre todo si tenemos en cuenta solamente la superioridad de hombres y medios de que, teóricamente disponía la OTAN. Pero también existía la posibilidad de que las fuerzas serbias se hubiesen atrincherado en las aldeas kosovares o que hubiesen colocado los habitantes de etnia albanesa como protección y defensa de sus propias fuerzas, mientras que su aviación, intacta, se hubiese podido dedicar a bombardear a las fuerzas de la alianza o a los propios kosovares. Es difícil predecir qué situación habría provocado más víctimas, por lo que,

en la duda, no estaba de más seguir el método clásico, ya utilizado en la guerra de Irak, con, para mí, buenos resultados militares, aunque ignoremos si se alcanzaron los objetivos políticos deseados. Hay que pensar que así fue, pues nada les impedía haber impuesto otro tipo de solución a las fuerzas que participaban en la operación, si así se lo hubiesen ordenado.

Pero volviendo al estado de opinión que motiva este artículo, hay que subrayar que el primer paso al iniciar unas operaciones, utilizando medios aéreos, es neutralizar las defensas antiaéreas (radares de vigilancia y conducción, direcciones de tiro, rampas de misiles, etc...) y, por supuesto, la aviación si el enemigo dispone de ella, es decir lograr el dominio del aire, de forma que sean nuestras propias fuerzas aéreas y terrestres las únicas que puedan moverse por el espacio y territorio enemigo sin ser molestadas. Posteriormente, nuestra aviación podrá atacar otros objetivos terrestres con impunidad para, finalmente, poder dedicarse a proteger las opera-

ciones de las fuerzas terrestres con todos sus medios.

Estos son los pasos que siguieron las fuerzas aéreas de la OTAN. Baste recordar, o consultar las hemerotecas, para concluir que durante los primeros días de campaña los ataques fueron dirigidos contra los radares de vigilancia, alerta y control, ya que una vez neutralizados, el tiempo de preaviso para la defensa antiaérea pasaba a ser mínimo o inexistente, a la vez que se privaba a las fuerzas aéreas serbias de la capacidad de conducir a los cazas propios contra los incursores. Mientras tanto, estos gozaban de esta doble capacidad, muy posiblemente proporcionada por los aviones AWACS de la alianza o simplemente por radares basados en superficie. Puede ser que ésta sea una explicación parcial de la débil reacción presentada por la aviación de caza serbia que a su enorme inferioridad, numérica y cualitativa, debió añadir el handicap de encontrarse privada de su capacidad de detección y conducción hacia sus atacantes, mientras tenían que soportar los ataques de éstos. Dicho sea todo esto con las naturales reservas derivadas del hecho de desconocer el grado de disponibilidad de los MIG-29 que se les atribuían, el estado de su armamento y la instrucción de sus tripulaciones que en el caso, muy probable, de ser deficiente justificaría por sí mismo la falta de acciones defensivas por parte de las mismas, aunque hubiesen sido, en cualquier caso acciones desesperadas, al enfrentarse a medios muy superiores en número, bien dotados de armamento y medidas de protección y manejados por tripulaciones con un alto nivel de instrucción.

La fase siguiente, iniciada en paralelo con la anterior, fue el ataque contra los medios activos de defensa antiaérea, como son las baterías de misiles y los cañones de tiro rápido, que a pesar de estar dotados de sus propios medios de detección y tiro su eficacia se vio limitada al carecer de preaviso y poder ser neutralizadas con los medios de interferir sus radares locales para ser destruidos con menos peligro utilizando la amplia panoplia de armas de que dispone la aviación de la OTAN. Ciertamente esta capacidad defensiva será imposible anularla por completo, pues siempre quedará el caso puntual de una batería aislada dotada de algún tipo de armas antiaéreas que pueda hacer fuego, aunque sea con sistemas de lanzamiento visuales. En cualquier caso, si los derribos que se produjeron fueron únicamente los comentados por los medios de comunicación la defensa antiaérea no ha pasado de ser una mera anécdota.

Dueños del espacio y neutralizados los medios de reacción enemigos todo se redujo a la sistemática destrucción de los medios de pro-

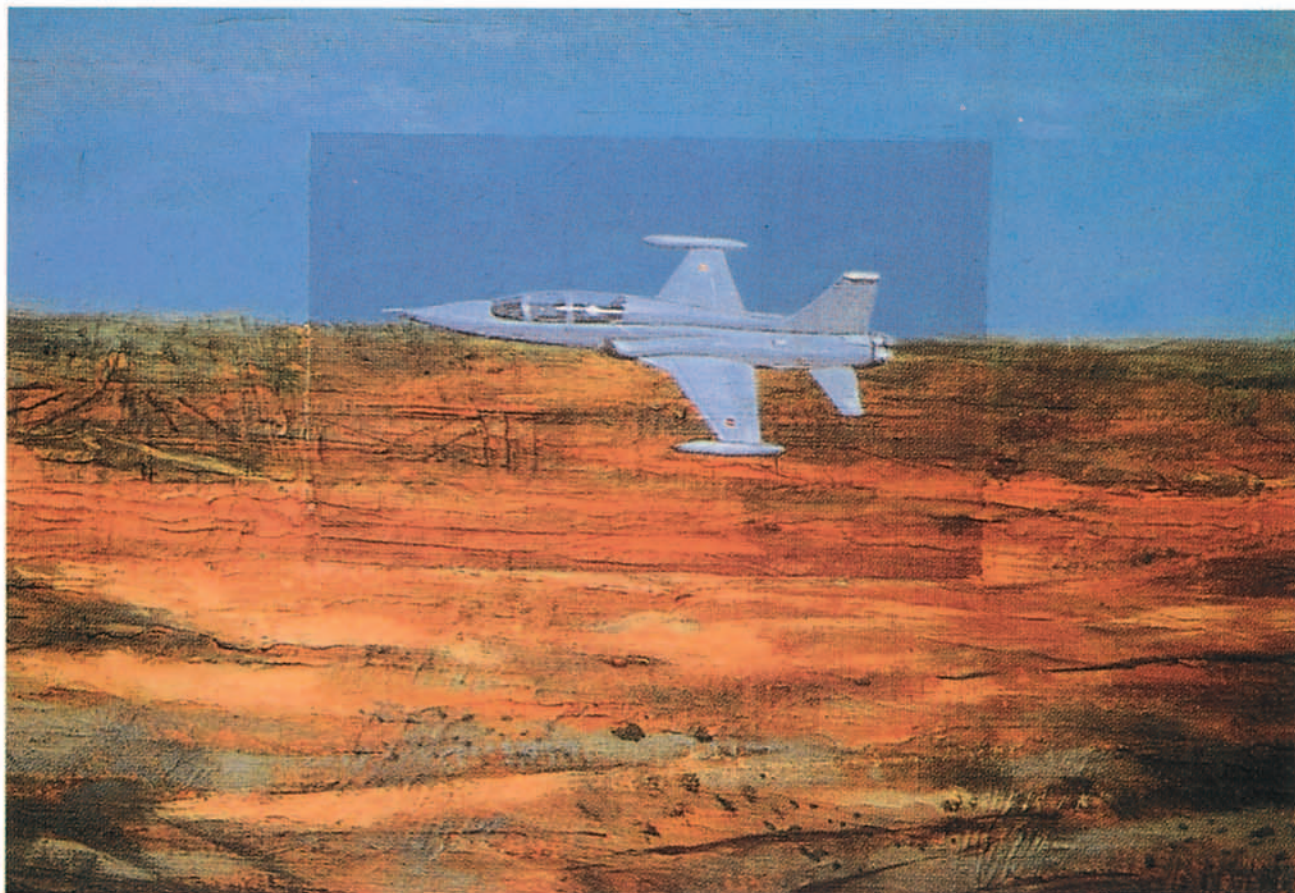




José F. Clemente

ducción, almacenamiento y distribución, lo que incluye fábricas de armamento, polvorines, carreteras, puentes y medios de transporte de los suministros que pudieran reforzar a las fuerzas terrestres. A todo esto se ha objetado que pese a ser cierto, ¿quién se había ocupado de las fuerzas terrestres enemigas? Estaban prácticamente sin tocar al finalizar la ofensiva aérea. A esta observación habría que recordar que la situación fue similar en la guerra contra Irak en la que se produjo una secuencia semejante y en la que todo el mundo se preguntaba que iba a pasar cuando se produjese el ataque terrestre. El resultado es ampliamente conocido, detrás de las primeras líneas no había nada, y aquellas cedieron al primer envite, no quedando más que las unidades de élite que fueron rápidamente neutralizadas. Ciertamente que en los Balcanes el orden de batalla no estaba organizado de la misma forma, pues el escenario era completamente diferente, pero también es cierto que las fuerzas aéreas crearon una situación en la que aparatos tan especializados como los A-10 o los helicópteros Apache podrían haber operado destruyendo selectivamente los medios blindados o las armas pesadas del enemigo, en apoyo directo de las fuerzas terrestres, medios que habría sido casi imposible utilizar si la aviación de caza serbia hubiese estado operativa, pues habrían sido fácil presa de aquella. Estos medios aéreos son los adecuados para apoyar a las fuerzas terrestres para vencer los puntos de resistencia que pudieran encontrar a su paso, sin perjuicio de que otros aviones cazabombarderos les hubiesen proporcionado otro apoyo con mayor profundidad y por supuesto aportando seguridad a todo el conjunto. La realidad fue que su actuación ni siquiera llegó a necesitarse y solamente la actuación de la aviación fue suficiente para decidir la solución de la guerra, aunque los objetivos políticos, una vez más, no se alcanzaron de manera inmediata. Pero, en cualquier caso, se podrían hacer estimaciones de las bajas que habrían tenido las fuerzas terrestres si el enemigo hubiese contado con su potencial y sus reservas intactas en el momento en que las fuerzas propias hubiesen tenido que llevar a cabo la ocupación del territorio, bajas que, gracias a la actuación de la aviación no se produjeron.

PARA FINALIZAR, debo significar que en los momentos que escribo estas líneas, se prepara una nueva intervención de las fuerzas armadas, fundamentalmente de los Estados Unidos, en un escenario y contra un enemigo distinto a los anteriores. En esta ocasión, no hay unas fuer-



José F. Clemente

zas aéreas que neutralizar y ni siquiera parecen existir unos objetivos estratégicos que reclamen la acción preventiva de la aviación, salvo las defensas antiaéreas que ya nos han mostrado que existen, y que una vez neutralizadas permitirán el despliegue de tropas, cuya naturaleza dependerá del enemigo a batir, utilizando medios aéreos más vulnerables a la acción de las citadas defensas, ya que cada zona de operaciones requiere un planteamiento diferente y la intervención de unas armas distintas, como es obvio. Pero obsérvese que sean cuales sean las fuerzas que lleven el peso de la acción, desde el primer momento se está realizando un importante despliegue aéreo, pues la gran flexibilidad del arma aérea, le permite adaptarse a cualquier circunstancia, bien siendo protagonista en las operaciones o apoyando con su gran potencia de fuego y alcance a las fuerzas de superficie, o incluso apoyando su despliegue. Por todo lo anterior, mi opinión es que minimizar la importancia de las fuerzas aéreas es, cuando menos, una frivolidad pues sin su concurso, la obtención del triunfo puede ser muy costosa en vidas y medios materiales.

EN DEFINITIVA, atendiendo exclusivamente a planteamientos militares, la estrategia seguida por la OTAN en conflictos pasados, responde con precisión a las enseñanzas clásicas que se impartían en las Escuelas de Estado Mayor de los Ejércitos del Aire (por lo menos de las tres en que estoy graduado) y personalmente creo que es el procedimiento adecuado para su empleo. Ahora bien, ¿es la utilización masiva de la aviación, actuando contra objetivos específicos la solución de los conflictos? Creo que hay numerosos ejemplos en las guerras recientes que así lo atestiguan, incluyendo el final de la Segunda Guerra Mundial, aunque también creo que hay que hacer una matización. Las Fuerzas Aéreas pueden ganar las guerras pero para terminarlas imponiendo la voluntad de los vencedores, sobre todo si nos encontramos ante una resistencia fanática, es imprescindible la ocupación del territorio por parte de las fuerzas de tierra y dependiendo de lo eficaz que haya sido la acción aérea así será de costosa en vidas propias esta última operación, que podrá variar desde una sucesión de cruentos combates hasta la simple ocupación sin necesidad de disparar un solo tiro ■